

curas conspiran discretamente, los comités católicos se agitan y los periódicos polemizan. Y ambos clans llegan a las manos.

Entonces la masa de los buenos electores, al principio aturdida por este ruido, comienza a prestar atención. Arrastrados por la lectura de los periódicos, atraídos y calentados por las reuniones, los obreros pacíficos y los pequeños burgueses indiferentes entran poquito a poco en el juego. Se apasionan en pro o en contra de la libertad de enseñanza, la supremacía del poder civil, la representación proporcional, etc. Por ambos bandos se les grita tan fuerte que de ello depende la salvación de su alma y su felicidad en este mundo y en el otro, que acaban por creerlo.

En el taller, en el seno de la familia, en el café y hasta en el sindicato, no se habla de otra cosa. De golpe y porrazo *olvidan* la única verdadera cuestión seria: la *cuestión social*.

En suma, dos pequeños comités muy cerrados que pueden crear esto que se ha dado en llamar «los grandes movimientos de la opinión pública». El uno es el Gran Oriente, el otro el Colegio de los Obispos dirigidos por Roma.

Sobre estos Estados Mayores actúan más o menos discretamente los hacendistas.

Éstos se han dividido en dos grupos. Mientras el *Crédit Lyonnais*, los grandes industriales y los trusts apoyan con sus abundantes fondos las «obras» católicas, los comités y los periódicos de la derecha y del centro, la *Société Générale* y la *Gran Banca* judía apoyan la masonería y alimentan sus periódicos y sus cajas.

Los hay que encuentran más hábil apoyar a la vez a las dos organizaciones. ¿Acaso no hemos visto, en los papeles Montagnini, al nuncio del Papa especulando sobre la renta francesa

por intermediación de la casa Rothschild? De este modo se está a la vez por el Vaticano y por la masonería y se puede hacer un pequeño juego de báscula eminentemente conservador. Si los curas se vuelven demasiado peligrosos, se les arroja entre piernas todos los hermanos. . . del «pequeño padre Combes». Pero si victoriosos los masones se disponen a aplastar a sus adversarios, en seguida Rouvier, después Clemenceau, quebrantan su impulso, y Briand, arrojándose en medio de las huestes, las detiene al grito de: «¡Pacificación! ¡pacificación!»

Porque la existencia de estas dos «máquinas» removedoras de opinión es igualmente necesaria al capitalismo conservador. Si no hubiese más que un actor en escena, no habría lucha y por consiguiente no habría drama y la farsa política dejaría de ser interesante.

Ahora bien; es necesario que esta farsa interese para desviar la opinión pública de la única verdadera cuestión seria: la cuestión social.

En un país como Francia, en que 11.000.000 de proletarios, obreros y campesinos, pequeños propietarios y comerciantes, están gobernados y explotados por una oligarquía de unos cuantos millares de capitalistas e industriales estrechamente unidos, si los ciudadanos tuviesen una idea clara de sus intereses, formarían un bloque contra la Gran Banca, la grande metalurgia, los reyes de los ferrocarriles, de los azúcares, de los abonos químicos, etc., vigilarían el monstruoso despilfarro de un presupuesto de . . . 4.000.000.000, impondrían un mejor reparto de las riquezas y prepararían una sociedad mejor.

Pero la Iglesia vigila, así como su compadre el Gran Oriente: ambos nos aturden con la neutralidad de la enseñanza, los manuales escolares, las con-

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.